

FRED ZINNEMANN, SOLOS FRENTE A TODO.

MARÍA TERESA REAL CLEMENTE

Magistrada Primera Instancia nº 8 Zaragoza

“*Un hombre para la eternidad*”, (1966), “*Solo ante el peligro*”, (1952), “*De aquí a la eternidad*” (1953), e “*Historia de una monja*” (1959). Un canciller de Inglaterra en el turbulento reinado de Enrique VIII, un cansado sheriff de una pequeña ciudad del Oeste, un soldado exboxeador destinado en Pearl Harbor en el año 1941, y una joven belga de clase acomodada que decide ser monja.

Cuatro grandes películas, ¿qué tienen en común?, el mismo director, Fred Zinnemann. Nacido en Polonia en 1907, de origen judío, emigró a Estados Unidos a principios de los años 30 del siglo pasado. Los héroes de las cuatro películas de Zinnemann son héroes “morales”, en el sentido propio en que se define la moral en el Diccionario de la RAE, “perteneciente o relativo a las acciones de las personas, desde el punto de vista de su obrar en relación con el bien o el mal y en función de su vida individual y, sobre todo, colectiva”.

Sus protagonistas se enfrentan a situaciones excepcionales como individuos, a la convención social, a la presión, a la injusticia, con una actitud calmada, reflexiva, consciente en todo momento de lo que el colectivo, el poder desea de ellos y quiere imponerles, no se engañan, saben el precio que habrán de pagar si no se ajustan a las exigencias de quienes quieren someterles por motivos espurios y toman una decisión. No quieren ser héroes ni mártires, pero su conciencia les impide desviarse de su camino, se mantienen firmes en sus convicciones, dispuestos a sacrificarlo todo, hasta la vida, por obrar conforme a lo que su propio yo les impone.

Thomas Moro llega hasta el martirio, simplemente porque no puede declarar lo que estima falso, prefiere perder riqueza, posición, influencia política, todo, pero no su integridad. La película describe a la perfección los mecanismos del poder, quienes prosperan a su sombra siempre que no contradigan al dirigente, comportamientos abyectos que tendrán su mise-

rable recompensa. Thomas Moro también la tiene, una conciencia tranquila y un espíritu libre. El guión adapta una obra del dramaturgo Robert Bolt, con un elenco de excelentes intérpretes británicos, entre los que destaca un sublime Paul Scofield, que ganó merecidamente el Oscar como actor principal ese año. El actor consigue transmitir toda la grandeza, la humanidad, la inteligencia del personaje. Inglaterra, los Tudor, siglo XVI, si despojamos a los personajes de sus vestidos de época sólo nos quedan los seres humanos, podrían vivir en el siglo XXI. Realmente Moro es un hombre para la eternidad, para cualquier época.

Gary Cooper también consiguió el Oscar por su papel en este western de 1952. Se ha dicho hasta la saciedad que esta historia oculta una crítica contra la Caza de Brujas del senador McCarthy y el terror que se implantó como consecuencia de la misma en Hollywood. Guionistas, actores, directores acusados de ser comunistas se quedaban sin trabajo, cancelados, sus carreras y vidas arruinadas. Se pisoteaban los derechos civiles y nadie se atrevía a alzar la voz por temor a seguir la misma suerte. Se dejaba solos a los señalados. En un pueblo del Oeste la pequeña comunidad despide al sheriff Will Kane que se ha casado y deja su puesto, es popular, una buena persona, un tipo corriente, que ha hecho bien su trabajo, y ahora piensa establecerse en otro lugar, emprender un negocio con su esposa, abrir una tienda. Pero en ese momento, cuando la pareja va a partir en su viaje de novios, llega la noticia, Frank Miller, un criminal a quien

el sheriff arrestó, ha quedado en libertad y vuelve al pueblo con sus secuaces para vengarse. A partir de ese momento todo cambia, cada uno desde su puesto, (su ayudante, el alcalde, el tendero, el hostelero, las fuerzas vivas del lugar), no se implican, se desentienden, solo quieren que se vaya para que nada altere sus rutinarias vidas. La película se desarrolla en tiempo real. El director consigue ir incrementando la tensión, la sensación de paranoia que se apodera del pueblo, mientras uno tras otros de aquellos a quienes solicita ayuda de forma mezquina se la niegan. Sólo un adolescente está dispuesto a pelear a su lado, pero Kane declina su oferta. El título inglés "High Noon", mediodía, significa el inexorable paso del tiempo, vamos viendo relojes que marcan la hora mientras se acerca el momento en que llegará el tren con los bandidos. En el rostro de Cooper leemos la decepción, la angustia, envejece ante nuestros ojos. Pero Kane no se va, aunque le apremien los "buenos ciudadanos" y se lo exija su esposa, y no se marcha, no porque tenga una obligación respecto a los habitantes de la ciudad, ni por defender la ley, sino porque no quiere ni puede abandonar, porque no va a huir porque otro se lo imponga, porque su voluntad, su sentido de lo que se debe a sí mismo, su imperativo moral, le exige quedarse y afrontar, como individuo, su destino.

El soldado Prewitt, (con los rasgos de Montgomery Clift), es el mismo tipo de héroe tranquilo, no le interesa destacar, ni el oropel, ni las prebendas, ni los ascensos, ni las ventajas que le podría pro-

porcionar su superior en el ejército si accede a sus pretensiones. Lo único que tendría que hacer es boxear en el equipo de su batallón, pero él ya había decidido no luchar más en el ring, (en una pelea resultó con graves lesiones su contrincante). Y Prewitt no va a doblegarse, ni ante los premios ni ante los sucesivos castigos, que llegan a lo sádico. A su manera calmada, sin aspavientos, es una roca. A Prewitt le gusta el ejército, y acepta las órdenes y el mando, pero no las imposiciones caprichosas. Obra de acuerdo a su sentido del honor, lo que le lleva a cumplir el deber respecto a sí mismo y el prójimo. Es un valiente en el modo en que hace frente a las circunstancias que se van presentando en su camino, que culminan en el ataque japonés a Pearl Harbor.

Finalmente, una heroína. En Historia de una monja, seguimos las peripecias de Audrey Hepburn en el papel de la hermana Luke. Aquí nuestra protagonista se integra en otro tipo de comunidad, religiosa, y pretende asumir sus férreas reglas, pero nuevamente, lo único que descubrimos es que, a pesar de sus esfuerzos, no puede conseguir dejar de ser quien es. Pasan muchas cosas en la película, distintos escenarios y peripecias, pero la aventura es moral, de autoconocimiento, la hermana Luke no puede ser una hipócrita, ni se engañará a sí misma.

Películas recomendables para tiempos cínicos.

